

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



LORENZO DE MÉDICIS.—MIGUEL ANGEL, FLORENCIA.

“EN EL PAIS DEL SOL.”

Mi Poeta querido: Te escribo desde la terraza de la «Casa de thé de los Lotos,» á orillas de la Shiba, la ciudad mística y fúnebre. Son las cuatro de la tarde, pero la luz de un día nublado descendiendo desde las frondas de las gigantes *Cryptomerias* finge un crepúsculo verde y azulado como si en la atmósfera flotara un polvo finísimo de esmeraldas y turquesas.... Bajo el barandal de bambú se extiende el lago sobre el cual, como las prehistóricas habitaciones lacustres, la «casa de thé» esta construída. En el lago triunfan los lotos, ensanchando sus enormes hojas y levantando de trecho en trecho, la maravilla, el prodigio de sus flores! Los botones como grandes huevos de marfil se asemejan á nuestras magnolias tropicales, pero la flor que ha reventado en una luminosa explosión de blancura, no es comparable á nada!.... es ella, es única, es la flor de loto; la rosa mística de las religiones orientales, la flor milenaria de cuyo cáliz suntuoso emerge el divino Budha! La flor de loto irradia blancura, exhala luz.... Si la luna se desgajara, destrozada por un sideral sacudimiento, sería una flor de loto.....

Todas, casi todas las flores elevan un ovo de marfil ó ensanchan una copa de alabastro.... Pero como si para hacer valer aquella eucarística blancura se necesitara una nota de contraste, algunas flores sangran misteriosamente, con la luminosa púrpura de una luz de bengala!

Los lotos que han invadido casi todo el lago, dejan aquí y allá en descubierto el agua transparente.... De pronto, bajo la vista y en el agua glauca, translúcida como un carey, apercibo una multitud de agudas cabecitas serpentinas que parpadeando tienden sus cuellos hacia mí.... Son las tortugas, las tortugas centenarias y familiares de la casa de thé, á quienes los japoneses, eternos amantes de la naturaleza y de todos sus seres, han acostumbrado á que lleguen y con el parpadeo de sus ojillos viperinos pidan de comer al visitante.... Qué japonista, qué exacto es el simil de los De Goncourt: «las tortugas son serpientes cogidas entre dos platos de bronce!»

Frente á mí, agobiándome con un sentimiento opresor, abrumándome con su majestad, se levanta un inmenso talud, cubierto por negra selva centenaria. En su espesura rechina incesante el canto estridente de los saltamontes, y mil cigarras exasperan el zumbido vertiginoso de sus élitros.... Es un rumor incesante, la propia voz de los jardines, de los campos y de las selvas japonesas, ese canto de grillos y cigarras que adormece, marea, y que

sólo puede compararse á los ruidos que hieren el tímpano de un cloroformado....

* * *

Mi amado poeta: si alguna vez he tenido que sostener en mí mismo la lucha á muerte de la imaginación y de la voluntad, de mis anhelos y de mis deberes, ha sido en esta vez! Tomar una pluma y un tintero, urdir una «correspondencia,» cambiar las sensaciones dulcísimas por las ideas penosas! Aprisionar á todas las irisadas libélulas del ensueño y poner fin á sus etéreas rondas para clavarlas agonizantes sobre el papel.... Eso es casi criminal, como lo sería cortar esas flores de loto para aprovechar sus virtudes farmacéuticas....

Cuándo podrá el poeta, el artista ó quien se precie de serlo, vivir incondicionalmente su vida? Cuándo en el áureo anzuelo de la gloria se clavará un laurel en lugar de un pedazo de pan? Cuándo el poeta podrá ser poeta como el loto florece, como la abeja milífica, como la cigarra canta?....

Estaba tan bien soñando con mi amada! Los lotos blancos me recordaban el casto albor de su frente y la regia palidez de sus manos....; el loto rojo me traía á la memoria la escarlata de sus labios juveniles y el relámpago de sus sonrojos, y los hondos reflejos de las verdes hojas en el agua obscura eran para mí los destellos apasionados de sus ojos de esmeralda!.... Inmensa, sombría, profunda como mi amor, erguía, allá, sus misterios la selva centenaria.... Y ¿hubiera querido que cuando la luna luciera en el zenit, filtrando sus rayos entre las negras hojas de los pinos, el mismo pensamiento de amor meciera mis tristezas, y la melodía de su nombre adorado surgiendo de mis labios, resbalara sobre las aguas dormidas, temblara sobre las corolas de los lotos y encontrara un nido allá en la misteriosa selva, profunda y sombría como mi amor!.....

Pero algo mitiga el doloroso sacrificio de mi egoísmo artístico: la idea de que esta prosa irá á las columnas cada vez más brillantes de nuestra «Revista» querida. Entonces á la *bonne heure!*

Y he aquí las impresiones de un viaje á Tokio, partiendo de Yokohama, á lo largo del Tokaido....

* * *

En el asfalto del andén, como el ruidoso repique de miles de castañuelas, suenan los zapatos de madera de la atareada multitud japonesa. Van y vie-

nen con exagerado apresuramiento grupos de músicos luciendo trajes brillantes y peinados de ceremonia llenos de flores, de cordones de seda, de alfileres de plata y de marfil. Van y vienen vestidos con el traje nacional que profanan ridículos sombreros europeos, honrados burgueses, laboriosos empleados de lentes redondos y blancos parasoles. Y la nota pintoresca de aquella turba está en el pueblo, en los «*kurumaya*» de brazos robustos y tatuados, en los obreros de túnicas color de indigo, estampadas con discos rojos y caracteres blancos, en los soldados que marchan rítmicamente, en los vendedores que circulan lanzando raros pregones para vender unas raras mercancías. El ferrocarril es pequeñísimo y cada carro la quinta parte de uno de los nuestros; diríase que el japonés con su arte ingénito ha querido, disminuyendo su tamaño, disimular la fealdad de ese vehículo del progreso. La locomotora suena su silbato, como de juguete también, y el tren se lanza alcanzando pronto los arrabales extramuros de Yokohama. Feos arrabales, formados por fábricas y barracas alineadas á ambos lados del terraplén, llenos de chimeneas que vomitan su negrísimo humo ocultando por instantes la cumbre de hielo del Fusiyama vagamente apercebido en lontananza. Pero pronto llegamos al campo abierto. Primero los Estuarios cuyo avance limita, como invencible antemural de las selvas niponas, la falda de una montaña poblada de coníferas caprichosas que crecen hacia los lados exactas, idénticas á las que hemos visto en biombos, abanicos y tibores.

Sobre las pequeñas bahías ornadas con el reflejo de los extraños árboles, cruzan al remo y á la vela los *funés*, pequeños, como amarillas góndolas y los *sampanes* de alta proa y cuya vela es un transparente de bambú. Y luego praderas de brillantes verdes, pequeñas hortalizas, simétricos plantíos cultivados como los jardines de un palacio y entre cuyas matas se ve á cada instante la inclinada silueta de un campesino bajo su sombrero ancho y en punta como el techo de un kiosko. Grandes mariposas de color metálico azul pavo, revuelan arrastradas por la columna de aire del tren y como único ruido, dominando el trepidar de las ruedas, se escucha la eterna estridencia de las cigarras que inunda campos y selvas con su vastísimo rumor.

Entre los arrozales de esmeralda se abren aquí y allá pequeños estanques de donde emergen con verdor de turquesa las anchas hojas del loto, los botones ovalados y ebúrneos y las grandes flores de pétalos lacios cuyo nectario invertido es una campánula de oro. . . . Inclínándose sobre las ventanillas se ven á uno y otro lado deliciosos valles en miniatura tapizados con la verde felpa del musgo y por cuyas cuestas descenden los bambús de agudas hojas y los abetos de frondas sombrías. . . . Y allá, en el fondo del valle, una alquería nipona, un lago minúsculo semioculto por ninféas azules, á la sombra de un emparrado de cañas de donde cuelgan las wistarias sus racimos de florecitas color de lila. . . . A cada instante quisiera uno bajar del tren para extasiarse en la larga contemplación de aquellos paisajes feéricos y paradisiacos! Qué deliciosos retiros para una vida de amor ó para

una existencia de arte esas grutas de verdor fragante, esas casas de madera blanca y olorosa! Aquello no es el escenario de la bárbara vida pastoril cuyo principal encanto consistía en una beatitud casi animal, en una simplicidad salvaje; aquello es un paraíso que ha brotado del seno de la Naturaleza al conjuro del Arte humano! Artificial, sin duda; pero de tan sabio artificio que la Naturaleza no sólo no ha sido violada, sino que ha sido ayudada para producir sus bellezas por un sentimiento que la venera. . . . Precedidos por un *tori* (*) se ven de trecho en trecho pequeños templos consagrados á *Ynari*, dios del arroz, que se entrevé allá en el fondo, en forma de una zorra esculpida en piedra blanca, con el hocico y las orejas teñidas de vermellón.

Por esta vez *Ynari* ha sido propicio á sus fieles, pues las sementeras verdegean gloriosamente bajo el cálido sol de otoño!

Tsurumi! Omori! Shinagawa! El trenecillo á todo vapor ha dejado atrás esas estaciones, dando apenas tiempo para que suban ó bajen las *musmés* de florido peinado y los burguesillos de redondos anteojos. . . . Y los campos van palideciendo y las selvas tupidas aclarándose á medida que nos acercamos á Tokio, la inmensa metrópoli, la imperial y trágica ciudad. . . . El eclógico canto de las cigarras se ensordece y en cambio se escucha a intervalos el alarido de los azores y el croasar pausado de los cuervos. A tres minutos de Tokio, vamos corriendo á la orilla del mar, junto á chozas de pescadores, en cuyo dintel, puestas á secar, cuelgan enormes redes. . . . Sobre el mar en calma vuelan ágiles juncos y en el brumoso horizonte se perfila la masa negra de los transatlánticos al ancla. . . .

* * *

¡Shimbashi! Un inmenso andén, una multitud pintoresca que se agita y vocea, y traspasada á pie la garita, una anchurosa plaza en donde los «*kurumaya*» por centenares se disputan á los viajeros. . . . Estoy en Tokio al fin! La primera impresión no es nada favorable para la imperial metrópoli. . . . En la gran plaza desolada desembocan callejuelas llenas de híbridos comercios y las casas de madera que ostentan como muestra bicicletas y paraguas europeos, hacen el efecto de un baratillo de arrabal. Pero el *djin richi* arrastrado por el vigoroso *kurumaya* cambia de rumbo, se enfila por una ancha calle y la decoración se transforma como por encanto. Es el medio día y un sol zenital arde sobre la ciudad desierta. Pasamos junto á una elevadísima atalaya de madera desde cuya plataforma un guardián espía á toda hora los incendios, y corremos á lo largo de un muro formado por gigantes monolitos cúbicos. Es la gran muralla externa que rodea á la ciudad y recuerda que antes de ser la populosa metrópoli de ogaño, fué Yedo una ruda

(*) El *tori* es una especie de pórtico de piedra ó más comunemente de madera, formado por dos mástiles que se inclinan en su parte superior como las puertas dóricas, unidos por un travesaño recto y rematados por otro en forma de media luna, cuyas puntas se dirigen hacia arriba.

ciudadela y una capital militar. Esas murallas por cuyas altas brechas desfilamos, son con sus enormes cubos de piedra violácea y sus musgos centenarios la diadema que corona á Tokio de sombría majestad y de solemne melancolía.

A lo largo de aquellos muros evocábamos las epopeyas, las plagas, los cataclismos de toda especie, que forman el pasado heroico y pavoroso de esa Babilonia oriental.

Yedo nació alrededor de la armadura negra de un guerrero en forma de un burgo feudal, de hostiles muros erizados por las flechas de los viejos *samurai*. En el curso de las batallas feudales del Rojo y el Blanco, Yedo se ensangrentó con épicos combates; fué defendida como un templo, violada como una amazona y alternativamente sobre sus negros bastiones, lucía el pabellón de púrpura ó el blanco estandarte; el sangriento emblema del SHIO-GUN ó la mística insignia del Mikado. En la 16.^a centuria Yedo fué reducido á cenizas por una conflagración formidable y de ese incendio, como de otros que le sucedieron en el mismo siglo, Yedo renació triunfante como un Fénix! Yedo significa «Puerta del Estuario» y en una ocasión el mar la inundó, embistiendo con sus olas hasta la cumbre misma de sus colinas. En 1700 sacudió á Yedo un terremoto y dejó treinta millares de cadáveres sepultados entre sus ruinas y siete décadas después una feroz epidemia segó 190,000 existencias! Tifones, plagas, terremotos, incendios, inundaciones, todos los elementos conjurados, todos los azotes del cielo, han incinerado, demolido y arrasado la ciudad prodigiosa y eternamente triunfante, por cuyas calles voy perdido en éste mediodía otoñal! Qué Babilonia, qué Hekatompylos, qué Alejandria, siete veces plagada, qué ciudad del martirologio bíblico, podrán exceder en pánico y en horror trágico, los anales de esta ciudad portentosa y *viva* á despecho de mil muertes?.....

En todo eso pensaba conmovido, abrumado, mientras mi ligero cochecillo corría rumbo al aristócrata barrio de Akasaka.... A veces rompiendo la monotonía de una calle se levantaba un edificio bajo y largo con una sola línea de ventanas: era un *yashiki*, una vieja mansión señorial cuyo aspecto severo y sombrío denotaba las costumbres austeras y belicosas de sus viejos moradores; pero las más veces las nobles residencias se adivinaban, tras de espesos muros, allá en el fondo de bosques melancólicos y misteriosos. Casa del Príncipe Konin, del Marqués de Ito, del Marqués Yamagata, los palacios se sucedían modernizados unos, de arcaica belleza los más; pero todos marcados con un sello de noble sencillez y de suprema elegancia. Nada ostentoso, nada del superficial relumbrón tan caro al *parvenir*; el refinamiento y la aristocracia de aquella nobleza milenaria ha depurado el gusto y acrisolado las elegancias. Así la gran puerta del «Colegio de Nobles» es una maravillosa puerta de cedro impoluto con grandes clavos y aplicaciones de viejo cobre repujado, y es indescriptible cómo se armoniza el tono de aquella madera virgen y la sorda pátina de los bronce, con el um-

brío verdor de los abetos y el violeta obscuro de las murallas centenarias.

¡Qué *tête*, la de alguno de nuestros insuperables *rastas*, esos Médici del Peluche, frente á aquel pórtico de regia sencillez al mismo tiempo que de absoluta elegancia!....

Nuestro *Kuruma*, dejando atrás las bocacalles de avenidas anchas y populosas, corre ahora á lo largo de los muros exteriores del Palacio Imperial.

Si de los simples muros que circunvalan á Tokio, de sus enormes piedras cubiertas por líquenes y musgos seculares, se desprende no se qué melancólica grandeza evocando el trágico y sangriento pasado de la enorme ciudad, esa melancolía majestuosa se agrava frente á los muros que con doble valla rodean los jardines palatinos y las misteriosas habitaciones del Mikado.

Separando la primera muralla, cuyo terraplén corona una línea de pinos grandiosos y venerables, de las espaciosas calles contiguas á la regia morada, hay un canal de ancho cauce y de sombría corriente, cuya tersura no turban más que la brisa ó los ruidosos aletazos de una garza volando á flor de agua. Aquellas piedras de un gris morado prolongando su monotonía, aquellos pinos de caprichosos troncos y simétricos follajes, aquellas aguas silenciosas ahondando el reflejo de árboles y muros y el silencio que sobre todo aquello flota, interrumpido á intervalos por el *croaac* de los cuervos y el grito de los gerifaltes, todo aquello oprime el alma, con una abrumadora melancolía..... Como los monjes artifices de la Edad Media hacían que el misticismo y el fervor se desprendieran de las piedras de sus catedrales; como antes los griegos arquitectos anegaban el alma en la *euforia* del arte suscitada por una suprema armonía de líneas, así los artistas ignorados que edificaron esta imperial morada supieron reunir en solemne y grave armonía los elementos que predisponen al homenaje fanático, al respeto ferviente, casi religioso..... qué mucho que este pueblo crea en el origen divino de su Mikado, si en torno de él, un arte omnipotente acumuló sabiamente todo lo que puede sugerir la majestad y producir un respeto que abruma y anonada casi?.....

Y si en nuestra alma de hombres libres se insinúan esos sentimientos, cómo obrarán, pues, sobre el espíritu de este pueblo predispuesto al amor fanático de su emperador por herencias y milenarios atavismos?.....

Arden en la «Casa de the de los Lotos» los farolillos chinescos decorados con fulgurantes peonías y con negras siluetas de murciélagos. Una brisa llena de húmedos efluvios desciende de las espesuras del bosque sagrado presagiando un próximo aguacero..... Y mi carta se alarga; pero no la terminaré, mi Director querido, sin hacerte una promesa y darte una buena nueva. La promesa es

una inmediata carta en que te hablaré de los prodigios de esta Shiba religiosa y la buena noticia es que quizás, de seguro, cuando recibas ésta habré logrado por un favor especialísimo visitar el pala-

cio de SS. MM. Imperiales..... Tendrá, pues, nuestra «Revista» un velo descornado sobre las grandezas y los misterios de la maravillosa mansión!.....

Shiba—Tokio, Agosto de 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.



ODAS NUEVAS.

J. R. VELAS
900

*Musis amicus, tristitiam et metus.
Tradam protervis in mare Creticum.
Portare ventis*

Horati Carminum, Lib. I. XXVI.

Levántanse parvadas de recuerdos
cantando en mi memoria....
Sus trinos
son dispersos rumores argentinos
del bosque del amor, donde en su gloria
floreció la ilusión!...

y su plumaje

brillante pedrería,
oro, rubís, granates, que cubría
el iris del ensueño
con las flotantes galas
de un opalino y vaporoso encaje....
y su volar, el delirante empeño
de agitar y agitar prestas las alas
por el espacio extenso
de uno y otro ideal, hacia el inmenso

de la inmortalidad!

Verdad,
verdad, son ellos! sus trinos, su plumaje,
su agitado volar ellos, son ellos!

Pobrecillos! huid; ya no hay ramaje
donde anidéis; huid, ya no hay destello
que se desangre de pasión, besando
el purpúreo collar de vuestro cuello.

Huid, dulces alondras cuyo canto
tanto y tanto ahuyentó mi desencanto
y alegró mis soledades con su encanto!
Seguid vuestro errabundo
vuelo hacia las estrellas; el profundo
misterio que buscáis se va alejando.

Volad, seguid volando
con incansable anhelo,
y cuando
traspuesto hayáis los límites del cielo,
en el silencio sepulcral del mundo
mi corazón os seguirá escuchando.

BALBINO DÁVALOS.

TARCISIUS.

ESCULTURA DE ALEX. FALGUIÉRE.—MUSEO DEL
LUXEMBURGO.

Oh noble fe! oh alta poesía! oh puro ideal!

Morir así, como el joven mártir, lapidado el cuerpo y gozosa el alma! apretar sobre el corazón la hostia santa mientras se cae al golpe impío! ser el poeta, que al romperse, exhala su divino Verso de piedad y de amor!

El Cristiano, bello y radiante, coronado con el orlo de la juventud, marcha sobre su ensueño llevando el blanco pan de las eucaristías Hijo de Jesús, flor de Galilea, destello de la Promisión, en tu sonrisa vibran las delicias del beso materno, en tu alma vuelan alas seráficas entre acordes de aleluya, y flotan ante tus ojos pedazos de cielo tachonados de miradas de vírgenes!

La turba grita, aulla: es la Bestia que tras todos los odios, todas las venganzas, todas las garras y todas las hambres del pasado; te acecha, te ve, te sigue, se encoleriza, se enrojece y espumea su delito; y tú marchas, marchas sobre tu senda de naranjos y de alondras, adorable inmaculado! Por fin, la piedra brutal silba en los aires, te hiere y te derriba Entonces eres más bello! El dolor te completa: no el dolor que blasfema, no el que

cede, no el que implora; el dolor que transforma la queja en dulce estrofa de amantísimo perdón; el que afianza el ideal con los últimos nerviosos esfuerzos de la fe; el que haciendo diáfana la carne vencida deja ver los esplendores del alma invicta; el que conserva en la muerte puras las manos heroicas, tersa la frente soñadora, claros los ojos sonrientes y frescos de besos y de poesía los labios castos!

Mártir! Corona del castigo universal sobre la cabeza de un inocente; sangre que para extinguir la sed de la conciencia hacen brotar del corazón del justo los picos bravos de los buitres y las lanzas implacables de los fariseos; lágrima que rueda eternamente brillando sobre la cumbre de los siglos como faro y como estrella; anhelante imploración al cielo de los brazos que se abren sobre la locura y la maldad; palabra de virtud que al caer de la cruz como perdón, se eleva sobre la cruz como esperanza!

Oh, Tarcisius, pobrecito mártir! pobrecito poeta

París, Julio de 1898.

WANDA DE BONCZA.

COMÉDIE FRANÇAISE.

Se representaba Hernani, oh! á muchos años de distancia de la grande efervescencia literaria, de las formidables batallas en que Teófilo Gautier triun-

faba á puñetazos y á metáforas, en que el viejo Hugo—maestro de maestros—era aclamado como un dios y maldecido como un blasfemo

**

Mounet-Sully—el pobre gran artista—maravilloso; pero yo sólo miraba y amaba á Doña Sol.

**

Wanda de Boncza, extraño nombre de una mujer encantadora. Esplendorosa, fascinante, tiene en la voz cadencias de sutil armonía y en los ojos misterios de luminosas noches febriles.... Su cabellera es lujosa, ardiente, sombría, digna de ser ungida con las mirras enloquecedoras del harem.... Tienen sus manos inquietas nerviosidades, parece que buscan la cabeza doblada en el éxtasis, parece que pulsán la fina cuerda de oro del arpa erótica.... Su andar, lentamente ondulante, recuerda los compases tziganos, fugitivos como vuelo de plumas perezosas..... El verso, al salir de su boca larga y delgada, adquiere alma de color y de música, estalla alegre, vivo, es la abeja que ha bebido mucha miel... —Si suplica, si amenaza, si ríe, si llora, siempre es bella, siempre es mujer, siempre es artista. No piensa mucho sus papeles, pero los siente con hondísima pasión. Entra de un golpe en nuestra alma—como señora de la casa—se apodera de nuestros sentimientos, saquea nuestros recuerdos, abre las jaulas de nuestros ideales.... No detalla las situaciones y es fina, no estudia las actitudes y es discreta. En la escena pierde la cabeza, se le huye el pensamiento, sólo le queda su corazón que la exalta y la transfigura.—Su arte es de los buenos, espontáneo, sincero, sugestivo. Recorre con naturalidad absoluta todos los matices, desde las tiernas imploraciones que confinan con la lágrima y la sonrisa, hasta los arrebatos impe-

riosos del deseo que confinan con la locura y el éxtasis. Y contagia, como contagia fiebre la fiebre, como contagia martirio el martirio, como contagia amor el amor!—Por qué desvanece en lentas pausas una frase precisa, clara, ruda? por qué bajo los astros de la noche y entre los sobresaltados pudores de la nupcia, se le escapan gritos fulminantes y breves como meteoros del alma? por qué al escuchar los abruptos y majestuosos amores de Hernani, se tuerce en su boca aterida la convulsión de un lamento, entrecierra con dolor los ojos como si la deslumbrara una ráfaga de fogata salvaje, y juntando sus manos, extiende los brazos vibrantes como si llevara en los puños brazaletes de fuego y de vergüenza?..... Ya pueden querellarse todos los analistas, ya pueden doctrinar todos los psicólogos. Así siente y así expresa, es su personalidad y es su corazón. Exquisita, pulida, selecta, nerviosa, flor de civilización vieja.....

**

El noble Rey amenazaba al altivo Hidalgo; el cuerno de Hernani resonaba..... Yo sólo veía á Doña Sol.....

Oh mujer de ojos febriles! quisiera hacerte sonreír de ensueño y gritar de pasión; quisiera adorarte con incensales plegarias y besarte con salomónico delirio; quisiera ser la frente doblada en el éxtasis que buscan tus manos inquietas y el Elegido que huele hasta enloquecerse las mirras de tu cabellera!.....

París, Julio de 1898.

LA DANZA DEL VIENTRE.

JARDÍN DE PARÍS.

En la barriga de un enorme Elefante se baila la danza oriental, misteriosa y lúbrica. Un grupo de espectadores en los asientos rojos, y bajo las lámparas incandescentes, sobre el tablado, seis mujeres de bocas sangrientas como una mordedura y de ojos sombríos como el narcótico, apenas vestidas con transparentes tejidos de telas policromas, bailan moviendo los vientres desnudos, morenos, flexibles, como ondas que se inflan y se desinflan, haciendo saltar los breloques metálicos que cuelgan de sus cinturas, al compás de una música de parches roncós y de violas silbantes, acompañada de enigmáticos cantos guturales que degeneran en el grito ó se acordan en el himno!

**

En el Huerto de mis fértiles melancolias florecieron versos y adoraciones..... Y un sueño de opio me contó esta leyenda del Oriente.

**

..... La inconsútil red de oros crepusculares prendía sus mallas en la montaña de los sagrados

cedros, caía en blondas palpitaciones de gasa sobre las matas olorosas de los nardos y los espesos tapetes de las madrêporas, pincelaba de vagos matices el agua borbollante de las fuentes, se arrastraba como cauda de epifanía por los campos silenciosos..... Sobre las rosas temblaban los colibríes como flechas de iris, sobre los aleros se desgranaban las torcaces blancas, y en los lejanos horizontes flotaban los celajes como cabelleras de diosas rubias.....

Habló desde su trono el Rey de inmensos ojos coléricos: «Cierra la puerta de bronce, eunuco!; sobre las danzas lascivas del harem; no quiero que lleguen á mis oídos los festivales de la lujuria; no quiero que lleguen á mis narices los olores ardientes de los cuerpos perfumados; no quiero que me llamen los brazos frenéticos; no quiero que me ofrezcan miel y leche las lenguas suaves; no quiero que los senos de marfil y de ébano sean la copa de mi sed y el reclinatorio de mi fatiga!—Esclava brillante y negra! compañera muda y obediente! arranca de la cítara imperial la más bella armonía de mis recuerdos, despierta el alma de caricias, el alma de ternuras, de la mujer que amé!.....»

Los dedos ágiles de la esclava recorrieron las cuerdas. Y cantó así el alma de la mujer amada:

«Oh Rey de inmensos ojos coléricos! el cetro brilla como diadema solar en tu frente indomable; tiene tu voz las sonoridades de los sagrados cedros cuando luchan de bravura con la tormenta; las pieles que cubren tus espaldas son de leones vencidos por tu brazo; cada uno de tus gestos de inmortal es una tragedia de escombros; y cuando hieres la tierra con tus sonantes sandalias y te iergues hasta tocar la cúpula de cristal en donde ruedan y rugen los astros rojos, eres el Devorador glorioso circundado de Victorias sangrientas, de Exterminios voraces y de Anatemas relampagueantes!—Así te amo, fuerte como torre de combate, rudo como picacho de granito, igneo como incendio, clamoroso como catástrofe! Soy débil, blanca, rubia, soy una ofrenda de alabastro. Y quiero filtrar mis dedos en tu cabellera alborotada como se filtran en la selva las cintas azules de la luna; quiero que

la caricia de tus manos me rompa en una harmonía cristalina; quiero ofrecirme en holocausto á las llamaradas salvajes de tus ojos; quiero desleírme, Rosa de Amor, en la cratera de tu vino, para que te embriague mi espíritu!»

* *

Del harem se escapaba, atronador, febricitante, el bramido de la Carne. El Rey se levantó furioso, furioso como venganza bíblica, empuñó su alfanje devastador, rompió la puerta de bronce. Y el grito de la muerte sacudió el palacio!

* *

Y dijo su voz atronadora: «He vencido al Pecado, soy un Poeta, puedo elevarme á las formas immaculadas de la virtud!—Esclava brillante y negra! toma la cítara, arráncale armonías de idilio, resucita el alma de caricias, el alma de ternuras, de la mujer que amé!»

París, Julio de 1898.

CAIN.

LIENZO DE F. CORMON. MUSEO DEL LUXEMBURGO.

Es una tela trágica, evocadora, con toda la pavorosa miseria de la tribu maldita y toda la bíblica cólera del Dios implacable.

Ante ella se experimenta una sensación dura y angustiosa de realidad y de pesadilla. Esos cuerpos, con los delirantes ojos hundidos, las cabelleras erizadas ó lacias, las bocas amargas y lamentables, los torsos quemados y heridos, las piernas en la tensión suprema del último desesperado esfuerzo, viven! viven! parece que se escucha el ritmo jadeante y cansado de su fuga en los arenales inclementes. Viven? ó son fantasmas que surgen en nosotros de las profundidades, de los límites nublados, indecisos, perdidos, en que se mueven esos vaguísimos recuerdos de otra edad que apenas empiezan á tomar forma se desbaratan? son nuestros antepasados que abren silenciosos sus fosas en esas lejanías de la conciencia y pasan como rápidas alucinaciones por nuestro espíritu? Y las alucinaciones no son acaso realidades?—Hay alguna fibra en mi sér que resistiendo al tiempo me liga á ellos? alguna gota de su sangre circula en mis venas? alguno de sus dolores grita con mis dolores? alguna de sus lágrimas brota con mis lágrimas? alguna de sus esperanzas canta con mis esperanzas? Entonces no han muerto! entonces viven porque vivo yo—oh, los infelices!;—entonces siguen su peregrinación secular con mi peregrinación angustiosa, con la angustiosa peregrinación de todos, por siempre, eternamente, dejando en los zarzales, bajo el inexorable destino, fe, amor, ideal, poesía, con el ritmo jadeante y cansado de la fuga en los arenales inclementes.

Allá va la caravana de réprobos conducida por la figura fatídica de Cain: hombres, mujeres, niños, bestias, andrajos de pieles hirsutas y jirones de carnes desgarradas, picas de exterminio y ha-

chas de venganza, huyendo, arrastrada por los huracanes de Jeovah, omnipotente y fulgurante!—Y esta caravana de réprobos es toda la civilización: de esta familia infame nacerán guerreros, poetas y mártires.

Pasa por el espíritu el pánico de las primeras edades de hambre y de dolor, el pánico que soplabá muerte sobre los desiertos caldeados bajo los cielos rojos, entre el rugido de las fieras flacas y ávidas y la blasfemia de los hombres velludos y delincuentes.—Leer una página del formidable libro santo de Israel y contemplar el cuadro de Cormon, es la misma cosa: la voz del Eterno rueda sus anatemas en las bóvedas negras del cielo, despedazadas por los aletazos bravos y lívidos del relámpago; y en los confines, sobre las mordentes peñas y sobre las puntas de lumbre de los arenales, galopan los grupos humanos latigados por el castigo, regando en los siglos enloquecidos la sangre y el dolor que han dado á la historia trofeos de clavas exterminadoras, de carros triunfales, de estatuas de mármol votivo, de laureles de bronce heroico, de púrpuras sangrientas como banderas y como ultrajes, de cimeras flameantes como el incendio y la gloria, de liras rotas que aún vibran sus iámbicos proféticos de lenguas cortadas que aún gritan sus cláusulas de justicia, y de corazones arrancados que aún laten virtud y esperanza, derramando sobre la conciencia el agua lustral de las fuentes siempre vivas del amor y del perdón!

Viejo Cain! desventurado padre de las infamias humanas! conciencia castigada que despeñándose de edad en edad y de expiación en expiación, ha llegado hasta nosotros para que la arrojemos, con nueva marca de cóleras, sobre las incertidumbres del porvenir, sin haber encontrado el Dios bueno, piadoso, exorable, que hubiera lavado su pecado

con sólo una lágrima de mujer, con sólo un beso de amor!

Oh sangre de Abel, hasta cuándo callará tu clamor de venganza! . . .

París, Julio de 1898.

MI SÁTIRO.

LAGO DE LECCO—MAGGIANICO.

El Jardín prende sus lujurias en las primeras rocas de la montaña, abriendo rosas sanguineas, desgajando azahares blancos, encorvando frondas verdes, haciendo trepar—como un anhelo—enredaderas prolíficas, y desplegando—como abanicos estivales—perezosos ramajes doblegados. . . . Al pie del jardín se tuerce y palpita, como encaje de friolentas espumas, la orilla azulada del lago; las nubes rebujan con sus vaporosas clámides la crestería de la montaña, y se arrastran, con indolente lentitud, entre las grietas y los barrancos; y sólo los picachos más altos, heridos de lleno por las llamas solares, alzan límpidas al espacio, como lanzas de combate, sus agujas de granito y de hielo.

En una quiebra sombría, donde la vegetación, al peso de la exuberancia, se enarca en tupida bóveda, iérguese, como altar en su santuario, una columna de piedra porosa, rematada por la cabeza de un sátiro, al borde de la fuente colmada de castas aguas. . . .

Qué bello sátiro! refleja en el diáfano capelo, entre pedazos de cielo y mallas de hojas, su cabeza de efobo, llena de blondas volutas donde las Gracias, jugando, trenzaron una rama de vid. Apenas se advierten en su frente los pequeños cuernos, estigmas de una raza lasciva; su rostro está limpio de las irritantes asperezas de la barba; su boca sonriente tiene la fresca voluptuosidad de una granada que convida jugos de miel; y en sus ojos no hay desvergonzadas malicias ni ardientes reverberaciones, sino albas opulentas de juventud y reveladores ortos de amor.—Así de bello me figuro á Anacreonte en la adolescencia, cuando comenzaba á rimar sus primeros versos, incitantes como los cadenciosos flancos de las hetairas. . . .

El Sátiro,—á quien la sabia antigüedad dió los atributos de un cabrón insolente acosado de apetitos caniculares que lo hacen bramar—no es otra cosa que el símbolo del Deseo amoroso encendiendo fiebres en la carne púbera.—Todos tenemos en

el cuerpo nuestro sátiro, todos acechamos en los paraísos á las desnudeces que tiemblan con la ansiedad de encontrar una serpiente de alas fulgurantes que les ofrezca manzanas de oro, y á las virginalidades que provocan en las linfas á Narciso para que las abrace y las bese y las refresque. . . . Unos están poseídos del sátiro primitivo, brutal, ebrio de pámpanos, que estampa el triángulo de su pezuña, señalando desesperadas correrías, en todas las veredas de los huertos prohibidos; otros llevan el sátiro infame—ay! tú lo llevaste también, dulce Virgilio!—que acaricia á jóvenes insexuados en los fálicos banquetes donde Horacio y Ovidio desdeñaron más de una vez á la rubia Afrodita por el mórbido Apolo; y los sanos, los elegidos, sólo obedecemos al sátiro anacreóntico, que besa, sin romper con los dientes, las curvas divinas, y que con los éxtasis de amor hace estrofas, á semejanza del Padre Océano que empieza á formar sus sirenas con pérfidas escamas azules y las termina con espumeantes senos rumorosos. . . .

Un sueño esfumó mi pensamiento. . . . Y vi surgir—no sé si de mi libro de bucólicos griegos, de la realidad ó de mi locura—una forma de mujer que caminaba, como blanco ritmo, bajo los arcos frondosos de los árboles, entre las filtraciones calientes del sol y las redes frescas de las hojas, atando y desatando ilusiones. . . . Era la enamorada de las flautas pastoriles, hecha de rosas y de leche, llevando en las pupilas las violetas del mar y en la cabellera las hebras de oro de los colmenares? . . . La ví acercarse á la fuente: abrazó la columna de piedra porosa, y entrecerrando los ojos, estampó un beso—vibrante de músicas de amor—en los labios venturosos del sonriente Sátiro. . . .

Y al sonido de ese beso brotó en mi alma una poesía desconocida, una poesía divina, formada con todas las pulsaciones de gloria de la sangre virgen! . . .

Maggianico, Agosto de 1898.

UNA ESCENA DEL EVANGELIO.

RELATO DE UN DISCÍPULO.

Se levantaban al cielo las gallardas agujas de mármol blanco, entre arqueras colosales de mármol blanco, entre innúmeras estatuas de mármol blanco, entre prodigiosas quimeras de mármol blanco, entre aéreas balaustradas de mármol blanco: todo esto rematado, á más de cien metros de altura, por una gigantesca Madona de oro!

* * *

Dentro, en las naves profundas y sonoras, los órganos y los coros regaban su alma harmoniosa entre las blanquecinas volutas del incienso. . . . La luz atravesando los esplendentes vitrales de colores, quebraba sus iris en las baldosas de mármol

blanco, en las columnas de mármol blanco, en los altares de mármol blanco, en las dolientes esculturas de mármol blanco.....

* * *

El Tesoro resplandecía, fulguraba..... Las grandes cruces de oro y pedrería, las pesadas coronas de oro y pedrería, las severas casullas de oro y pedrería, los imperiosos báculos de oro y pedrería, los anchos cálices de oro y pedrería, oh! todos los dones de Emperadores, Papas y Arzobispos—grandes de riqueza y de remordimiento, de poder y de miedo.

* * *

..... Pálido, el blondo Redentor de ojos judíos salió del templo, triste, angustiosamente triste... Y lejos, allá en las rientes huertas de Galilea, se

arrodilló sobre un pedazo de tierno césped ante un pedazo de claro cielo. Y su voz gloriosa dijo esta oración: «Padre, Padre de Justicia! más altas y más puras que esas agujas de mármol blanco son mis aspiraciones al bien; más bellas que esas estatuas de mármol blanco son las estrofas de mi poesía; más raudalosas que esas notas de los órganos y de los coros son las plegarias de mi alma resonante; de más limpias aguas, de más vivas luces que las pedrerías de ese Tesoro son las virtudes que constelan mi espíritu; mi frente es tersa, mis ojos soñadores, mis labios castos; oh Padre! Padre de Justicia! dame valor!.....

* * *

..... Y luego, en la soledad, estuvo tejiendo, con las cuerdas duras, vibrantes y trágicas de su indignación, *un látigo!*

Milán, Agosto de 1898.

JESÚS URUETA.

“UTAS” JAPONESAS. POETAS DEL AMOR ⁽¹⁾.

Campana de madrugada
Que alejas á los amantes,
Mi dolor y el de mi amada
Mira y ahoga en la nada
Tus tañidos sollozantes!

«SANDARA TÔSHI.»

* * *

Entre la humedad sombría
De las rocas, alejado,
Y huyendo la luz del día,
Mis amores he contado
A la noche negra y fría....

«SAIGIO.»

* * *

Luna de la alborada!
Ayer viste mi llanto doloroso
De la ausencia en la noche desolada,
Y hoy ríes al amante venturoso
Que á la aurora se aleja de su amada!

«SADAIE.»

* * *

Cuenta, hermosa, tu tormento
A las garzas mensajeras,
Que con vuelo blando y lento
Sobre el azul firmamento
Trazan estrofas ligeras!

«MURASAKI.»

* * *

La manga de mi vestido
Que el llanto llegó á empapar,
Contempló un desconocido....
Y, ¡ay de mí! no he conseguido
Que tú me vieras llorar....!

«SANESKÉ.»

* * *

¡Oh risueño, que en el viento
Siembras tus quejas amantes,
Al oír tu mismo acento
He suspirado, pues siento
Que no soy la misma de antes!

«TOMONO-KODI.»

Yokohama. 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

(1) Todas las pequeñas poesías que aquí figuran traducidas de poetas nipones se conocen en el Japón con el nombre de “UTAS” y pueden compararse con las seguidillas castellanas, os *lieder* alemanes ó los *lays* franceses del tiempo de Carlos de

Orleans. El “UTA” es generalmente el vehiculo de la poesía popular, aunque muchos grandes poetas se hayan servido de él para expresar sus ideas.—J. J. T.

CAPRICHOS DE PIERROT.

Uno de los más inmemorables días para mí es ese en el que conocí á Pierrot. Lo había deseado tanto! Había seguido tantas veces su virginal blancura por cafés y callejuelas! Nunca dejaba yo de buscarlo: cuando la tarde caía, estaba seguro de encontrarlo en el *Café Riche* ó en cualquier cervecería de la rue Royale.

Serio, con una seriedad algo afectada tal vez, bebía á pequeños sorbos un ajeno espeso. De cuando en cuando sonreía á algún transeunte ó miraba hacia un carruaje desde el que guiñaba el ojo una hermosa galante; compañera probablemente de la anterior noche blanca. El, me intrigaba y me atraía; su verba ecléctica, variada, con una animación tan



cambiante, producía en mí un afán exagerado de escuchar libremente sus paradójales propósitos.

Esa noche, cuando menos lo esperaba, lo ví aparecer, no sonriente ni malicioso como en los Boulevares; su aspecto era cansado, estaba más pálido que de costumbre; pero al entrar claramente ví en su rostro el esfuerzo por contenerse y componer lo abatido de sus facciones.

Muchas veces debía haber leído en mis ojos el nada disimulado interés con que siempre lo seguía.

El lugar del encuentro era en esos momentos har- to monótono y triste: un cafetín de la rue Monsieur le Prince, refugio de estudiantes trasnochadores, cocottes sin marchantes, poetas inéditos y futuras glorias del Salón; á esa hora, las nueve de la noche aproximadamente, se hallaba casi vacío. Pierrot paseó su vista por la soledad de la pequeña sala, observó con aire familiar á los mozos que bostezaban mirando los vidrios de toscos colores, hizo un ademán desdeñoso á unos viajantes de comercio

que con gran estrépito de voces juraban discutiendo asuntos de los que nada entendían, y luego avanzó hacia mi mesa.

—«Joven—me dijo—parece que os fastidiáis, pues bien, fastidiémonos juntos, como decía esenada ilustre soberano que se llamó Luis trece, y á quien cupo la suerte de aburrirse reinando sobre este hermoso pueblo francés que tan alegremente supo divertirse.

En qué os ocupáis? Ensuciais telas? emborronais cuartillas ó maltratais las cuerdas de un violín y los oídos de nuestros vecinos? Vuestro aspecto me

hace creer que os alimentáis aún de ese engañador panal que se llama el ensueño; haceis bien, y hacedlo durar el mayor tiempo posible; sin embargo, cuando se haya concluído recordad que tenéis un amigo aquí presente. En cualquier caso angustioso—moralmente se entiende—acudid á Pierrot; os daré buenos consejos que no oiréis; soy vuestro amigo. Ahora charlemos de otra cosa.

Y no habló de otra cosa sino de muchas otras, embriagándose, envolviendo mi espíritu en el vertiginoso espiral de sus decires. Iba de un asunto á otro sin titubear, abordando todo y dorándolo con



el encanto de sus expresiones. Evocaba paisajes con una palabra y facciones con un gesto. Me informó de cosas á cual más picarescas, y en un momento inesperado se levantó, me saludó desde lejos y se alejó de la misma manera que había entrado, sin preámbulos ni ceremonias y fué á sentarse frente á un desvencijado piano que yacía olvidado, allá, en el fondo del cafetín exclusivamente destinado á ser un fiel y humilde guardador de polvo.

La música más extraña, más abracadabrante-mente original, brotó arrancada por Pierrot, del gemebundo instrumento, poco hecho ya á bordar

melodías. Los sonidos que bajo cualquier otra mano hubieran sido disformes, sabía unirlos él con un arte sólo suyo, música verdaderamente pierrotesca—me decía yo—sin poder volver de mi asombro. Mientras, las notas continuaban desenvolviéndose, excéntricas como las piruetas de un Hanloo Lees. Era el dislocamiento de la armonía y de la pauta, y era al mismo tiempo algo que acariciaba ó sacudía los nervios, con arranques de pasión, con gemidos de gato en brama, con risas de clown histérico. Al lado de la danza más impetuosa, danza de furia ó de bacante, venía el más lúgubre miserere ó la

romanza más pasionante, tejía coronas funerarias y trenzaba guirnaldas nupciales. Pierrot unía, unía rítmicamente todo eso en algo que uno no se explicaba cómo podía ser ritmo. Pierrot lloraba y cantaba, se burlaba y se dolía.

Después de un rato se levantó del clavicordio como se había levantado de la mesa, y tomando mi brazo, sin esperar siquiera que terminara mi bebida, me condujo á la calle.

—«La noche promete ser hermosa y me siento algo lírico—decía. Vos sois joven, debeis gustar de hacer versos, os mostraré bellas flores, y si el caso llega os ayudaré con sonoras consonantes. Vamos á uno de «mis jardines,» y andando largo tiempo, que fué para mí corto por las mil anécdotas y burlescos cuentos que á medida que avanzábamos narraba, llegamos hasta el parque monceau. La reja estaba cerrada; Pierrot, llevando un dedo á sus labios, haciendo ademán de silencio, me llamaba con su gesto, y listo, y acostumbrado sin duda á esa original aunque peligrosa manera de entrar á lo que él llamaba *uno de sus jardines*, se introdujo entre dos rejas tal como hubiera podido hacerlo el más hábil cazador furtivo.

—«No temais—me dijo, cuando después de vacilaciones y trabajos logré estar al lado suyo—si acaso algún guardián nos sorprendiera, pronto lo convencería de que sólo hacemos algo muy justo, honesto y permitido; ¿pues qué? pueden acaso impedirnos pasear bajo esos ruinosos arcos, ver la luna reflejada en ese estanque, ó conmover con rondeles á las flores mientras ellas nos acarician con sus perfumes y sus colores? Jamás! Pero no hay cuidado; á estas horas sólo Pierrot pasea en esta escasa porción del Edén. Pierrot y los cisnes, son los únicos dueños. Veréis cómo me rodean: son mis amigos.

Aunque no del todo tranquilo, seguí á Pierrot por avenidas y veredas, conmovido por el misterio que se desprendía del silencioso y poco iluminado parque. La luna se filtraba entre las hojas y vagamente iluminaba la columnata corintia que se desprendía á lo lejos. Fué deliciosa para mí esa noche. Pierrot tenía momentos de enloquecedora verba y de prolongados silencios que yo respetaba religiosamente. Hubo tiempos en que fué un enternecedor poeta: cuando me mostraba alguna flor rara y me contaba sus bellezas y sus sentimientos, porque él creía adivinarles expresiones y palabras: las había como él, enamoradas de la luna: las margaritas, rosas blancas y cysantemas; nenúfares que amaban el estanque y buscaban la caricia de las ondas y miraban lánguidamente alguna estrella; otras eran desterradas caídas de un mundo interplanetario hacia quien elevaban sus corolas buscando brillo y calor. Y oyendo á Pierrot que tejía fantasías, parecíame asistir á la realización de un cuento de hadas: la mirada de esa mujer! el brillo de esa piedra preciosa!—exclamaba absorto ante una flor—y realmente parecíame que el jacinto miraba y la campánula brillaba.

Cuando el rosado tinte del día comenzó á exagerar su color, Pierrot me abandonó dejándome con la impresión de algo inverosímil ó soñado.

Mucho tiempo pasó sin que tuviera la felicidad

de acompañarlo. Le veía sí, de lejos, en algún gabinete lleno de *clubmans*, en alguna calleja que la luna inundaba; veíalo vertiendo champagne sobre cabezas rubias y hombros marmóreos, recitando madrigales ó romanzas burlescas; pero sus originalidades y sus lirismos, su alma que sabía ser desenfrenadamente cínica ó heroicamente poética, lo volví á ver la noche del veinticuatro de Diciembre cuando las vitrales de las iglesias se incendiaban radiantes de luz y se estremecían al clamor de los cánticos.

Me encaminaba á una taberna de Montmartre cuando tropecé con la blanca silueta de mi amigo que se sentía feliz en medio de la nieve que caía. «Joven—me dijo deteniéndome, no es hoy noche de licores sino de rezos—Cristo ha venido al mundo, démosle la bienvenida; y tomando mi brazo dirigió sus pasos hacia una iglesia cercana.

Ya, al llegar á la puerta, atestada de devotos y curiosos que con afán esperaban sonara el toque de media noche para penetrar á la misa, Pierrot con despreciativo tono me dijo: «No señor mio, yo hago mis oraciones á mi manera y donde me place: Estrujones, humo de cirios, cantos de monaguillos ridículos, genuflexiones de un cura á quien tiemblan las piernas, oros falsos, santos de *papier maché* con colorines de cromo, (pst) eso me disgusta hasta llegar á la repugnancia: venid conmigo.» Yo le seguí sin comprender una palabra, hasta una puertecilla baja que apenas si podía distinguirse. De su amplio bolsillo sacó una larga llave que crujió ásperamente al dar vuelta en la cerradura, y cuando la puerta gimió al girar, nos encontramos al pie de una escalerilla que Pierrot comenzó á trepar con ligereza.

Yo, daba un tumbo cada vez que trataba de subir. Tenía estupor, asombro y miedo. La aventura aquella no comenzaba graciosamente como otras de Pierrot, sino bastante lúgubre. Los pasos resonaban siniestramente y su traje blanco que se iluminaba al pasar junto á alguna claraboya, tomaba un aspecto de fantasma. De pronto, al ver que no le seguía, se detuvo, esperó que yo ascendiera un poco, y de improviso hizo estallar un fósforo que aclaró de lleno su rostro. Sintióse disgustado por mi torpeza, daba á su rostro una mueca de descontento que en mi espanto y en mi vacilación, en la frialdad y el horror que aquella escalerilla rodeada de un muro circular, estrecho como el de una tumba, me causaba, ah! esa mueca agria en la desencajada y cadavérica faz de Pierrot, produjo en mí un verdadero espanto! Fui tras de él, sin embargo, tambaleándome, chocando con el muro, siguiéndolo como si hubiera seguido á un muerto que me hubiera obligado á visitar su tumba.

Otra puerta gimió, y la claridad radiante de una clarísima luz de luna invernal, plateó los últimos peldaños. Al traspasar el último, me encontré en lo alto de una cuadrada torre, bajo un cielo agujereado por las penetrantes miradas de las estrellas. Pierrot avanzaba, avanzaba hasta la barandilla, y los millares de luces de la *Ville Lumière*, los fuegos de todo Paris flotando y cintilando hicieron que nos encontráramos entre dos capas de incendio.

Pierrot quedó silencioso largo rato; después, cuando las doce fuéronse repitiendo de campanario en campanario, alejándose ó aproximándose, cuando repiques cantaron la llegada del Niño Dios, Pierrot funambulesco, irónico, se acordó de su alma, satánica á ratos como á ratos piadosa, y dijo: "joven, vamos á rezar con el vencido, invoquemos al derribado y al maldito, y que entre el perfume de los inciensos que arden bajo nuestros pies, y la sonoridad de las campanas que resuenan so-

bre nuestras cabezas, llegue á él nuestra adhesión.

Recemos la oración de Baudelaire:

"Oh! tú de los arcángeles el más sabio y más fuerte,
Dios privado de culto por traición de la suerte;

Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

Príncipe del destierro á quien no se ha apreciado
Y que siempre vencido más fuerte te has alzado;



Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

Rey de todo lo oculto para quien no hay arcanos,
Alivio de la angustia y del deber humanos;

Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

Que en la muerte—tu vieja y potente Señora
Engendras la Esperanza—demente encantadora;

Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

Tú que das al proscrito la mirada altanera
Que en redor del cadalso daña una raza entera;

Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

En mi espíritu reinó el rey del mal, ante mi vista

se levantó gigantesco Pierrot, extendió el brazo, su dedo señalaba una inmensa sombra negra que contrastaba con su blancura y entonces, transformado y enloquecido me decía: "Vedlo, ahí está: ha surgido para contemplar el triunfo de su vencedor en las sociedades, en las instituciones y en las doctrinas, pero no en el corazón siempre perverso de los hombres. Porque ahí en las pasiones que quieren á las criaturas, ahí, nadie lo destronará, el timón de la nave donde van embargados los sentimientos humanos siempre lo tendrá Satán "

Y su voz se avivaba, me hacía estremecer y me sugestionaba.

Sobre la barandilla veía la figura gigantesca del espíritu malo, veía su cuerpo hermoso porque estaba desnudo; veía sus gigantescas alas que cubrían, envolvían y dominaban las luces de la ciudad, las del cielo, y nos encerraban en su negrura.

Los cánticos de las iglesias ascendían, la oración

de Pierrot continuaba dominando mi espíritu y agrandando mi alucinación:

Oh! Satanás, apiádate de mi larga miseria!

.....
Pierrot continuó la letanía del vencido, los cánticos se elevaban de abajo, su voz subía, se remontaba, crecía como crecían las alas de Satán.

Se arrodilló y me hizo arrodillar, y con su voz sonora y solemne, voz que había perdido su acento cómico y burlesco terminó:

“Gloria y loor á tí, Satán, en las alturas
Del cielo en que reinaste y en las simas oscuras
Del infierno en que hoy sueñas, abatido y callado;
¡Haz que mi alma repose algún día á tu lado!

Bajo el árbol de ciencia, cuya frente potente
Formara un templo nuevo que cobije tu frente.”(1)

Pierrot se levantó, y mudo, desdeñoso é irónico, bajó ligero la escalerilla; yo quedé solo en la torre. Los cánticos subían y las campanas extendían sus ondas sonoras.

La inmensa silueta del evocado Satán se había perdido, sus alas no obstruían ya las miradas de los astros; temeroso, vacilante, quise seguir la mancha blanca de la túnica de Pierrot. Se había perdido.

(1) La traducción de los fragmentos de las “Letanías de Satán” de Carlos Baudelaire, es debida á la pluma de mi compañero de redacción el poeta Antenor Lezcano.

(Nota del Autor).

BERNARDO GOUTO CASTILLO.

REVELACION.

Salió del baño tibio, y apresurada,
á la luz blanquecina de la alborada,
desató de sus hombros—en la postura
de Venus de Canova—su vestidura.
Se puso en pie desnuda, blanca y esbelta,
cogió su cabellera rubia y revuelta
entre sus manos finas y temblorosas
hechas como de nácar, jazmín y rosas,
movió sobre la alfombra sus pies pequeños
como para las nubes de los ensueños,
oyó de un himno raro notas primeras
en la rotunda lira de sus caderas;
y ya frente al espejo, pálida y muda
sonrió á su belleza por lo desnuda.
En su pecho temblaban como botones
de flores tempraneras sus dos pezones;
y entre la transparencia del albo seno
corrió al fin el deseo como un veneno.
Soltó de sus cabellos la onda de oro,
un haz de luz naciente sobre un tesoro;
golpearon el aire sus manos blancas,
sus lágrimas corrieron sueltas y francas,
el azul de sus ojos se obscurecía,
¿por qué lloraba tanto? no lo sabía.
Sintió calor de hoguera y luego frío;
y en sudor emperlada como en rocío
cayó sobre la alfombra hecha una estatua
Era una niña buena, no era una fátua;
era la vez primera que sin consejo,
su cuerpo desnudaba frente al espejo.

JESÚS E. VALENZUELA.

RODIN.

(Extracto de "Rodin," conferencia por Charles Morice.—H. Floury, editor.)

¡Augusto Rodin! Tal nombre ha llegado á ser tan significativo, que parece constituir por sí solo, el homenaje más bello que pueda ofrecerse al hombre que lo lleva. No existe otro más glorioso en la hora actual de la historia del Arte.

Pertenece á la categoría de los nombres infinitamente raros en todas las épocas, en las que se sintetiza y, como que se cristaliza lo que de eterno existe en el hombre á despecho de los tiempos, lo que liga entre sí á los siglos con los siglos. Nombres semejantes nos tranquilizan como deslumbradoras demostraciones de nuestra inmortalidad; son preciosos mensajes que nos honramos en dirigir á las futuras edades, y son también palabras de orden y de alianza, que pueden lanzarse como reto en horas de lasitud, pues reconfortante virtud emana de ellas. Pueden pronunciarse frente á un desconocido é iluminan y si dos miembros de esa gran familia dispersada y constituida por los verdaderos artistas, al encontrarse, se reconocerán ciertamente en la manera como el uno pronuncie y el otro escuche el nombre de Augusto Rodin.

* *

La obra de Rodin es de rebeldía y de compasión. Serena rebeldía y compasión ardiente.

Se ha libertado y ha libertado á su arte de mil sujeciones artificiales; pero muy arraigadas, que representan por una transposición rigurosamente exacta la correspondencia de la mentira social con la mentira académica; porque, así como la sociedad actual, funda sobre principios inhumanos las relaciones de los hombres, la Escuela limita con leyes facticias el estudio de la Naturaleza.

Rodin ha destruido esa ficción estéril de reglas que fijan la suma de las actitudes hermosas y de recetas que permitan la reproducción de ellas. Adivinó y por medio del estudio se convenció de que la Naturaleza entera por doquiera y siempre es bella y esto lo ha propagado con sus obras.

—Pero: «Solamente Ella,» agrega.

Amada única, amada absoluta. . . . Amada siempre en los dos sentidos del vocablo, Reina y también Amante. El artista la obedece con voluptuosidad y la posee con religiosidad; sólo de ella acepta órdenes y consejos; pero quiere también que ella le inicie en todos sus secretos, y si en las horas de contemplación la venera con una especie de misticismo extático, en las horas de estudio y de acción, la ataca, penetra en ella, la estrecha con la embriaguez del amor triunfante; y de todos los secretos que la querida ha dejado sorprender al contemplador, el realizador abusa para vencer y hasta su caricia es de conquistador.

Esa sensualidad extraordinaria y espiritual ha sido notada con frecuencia y Jean Dolent es quien la ha definido más vivamente al decir: Rodin es el espíritu en brama.

* *

El arte de Rodin, perfectamente señalado por su progresión constante y sus fases sucesivas en el

grupo del *Beso*, en el monumento á Hugo y en la estatua de Balzac, se liga al pasado, deduce de él las lecciones más preciosas para lo futuro y cierra el cielo para volverlo á abrir. Es, tal arte, moderno esencialmente, siendo á la vez, muy realista y muy místico, muy pagano y muy cristiano, es decir, humano con la dualidad de la naturaleza humana. No hay arte más sensual; ved, si no, sus faunos y sus ninfas, sus estriges y sus esfinges; sus parejas de enamorados; pero tampoco hay arte más intelectual; ved su *Pensador*, ved el monumento de Hugo, ved sus bustos de escritores y de artistas. Y, sensual ó intelectual, que talle la carne ó el alma, que desgarrar con estremecimientos de lujuria senos erectos, ancas tremantes, ó que lleve su ensueño hasta el borde de ese espectáculo patético del que son actores eternos el dolor y el deseo, impone victoriosamente á quien sepa ver la impresión de una magnífica é invencible Unidad.

Rodin afirma esa unidad hasta en las más diversas tentativas y á través de un desarrollo que nada detiene y que hasta la edad parece afirmar y activar aún. La encontraréis en sus esbozos como en su más trabajada escultura. Persiste y juega en esa universalidad que comparte con todos los grandes artistas y que le permite hacer suya toda técnica y comprender todas las artes por el simple esfuerzo de una transposición.

Naturalmente, su influencia en esta época es considerable; es la de un bienhechor. Muchas cosas datarán de Rodin, positivas y fecundas; no sólo será el renovador de la escultura; el pintor aprende mucho como también el poeta al estudiar la obra de este escultor. El amor y el sentido de la vida se exaltan y se purifican á su contacto. Y en la atmósfera generosa que se respira en derredor de ese confidente de la Naturaleza, el artista y el poeta se persuaden que no hay dos verdades, como también sólo hay un arte y que la unidad está en el término como en el origen de todo. El arte proclama que la Forma es una y la Filosofía demuestra que la Substancia es una; así pues, radiantes analogías unen, sin confundirlos, el dominio de la razón al de la sensibilidad, y la estatuaria excelente *seria filosofía bien hecha*.

Si un movimiento nuevo, *colectivo* (el deseable), se afirma en los pensamientos y después en las obras de poetas y de artistas, movimiento que tienda á reconciliar la Vida con la Belleza, divorciadas por el error de una civilización mal entendida y de una realidad de barbarie, dicho movimiento verificará sus certidumbres, según la medida en que estará en armonía con las doctrinas y á ejemplo de ese Precursor, nos ha dado la señal, y por la autoridad de su genio, la orden del *retorno á la naturaleza*, á los principios ciertos y olvidados. El porvenir nos pertenecerá, en la medida, digo, en que hayamos comprendido esa señal y esa orden, en la medida también en que hayamos amado á quien la dió.

CHARLES MORICE.

(Trad. para *Revista Moderna*).